

## La tristeza de Nausicaa

=(Al margen de la *Odisea*.  
Imitando a LEMAITRE).=

Escrito en 1914 para María Teresa Obregón, hoy señora de Dengo

LA nave que llevaba a Ulises, el héroe troyano, a su patria, al primer golpe de los remos se alejó de la costa de la isla Esqueria.

Nausicaa, la hija del rey Alcino, sintió entonces en su alma un dolor infinito. Tenía los ojos llenos de lágrimas y por eso le parecía que un hilo de luz unía su mirada con la rápida embarcación. Mientras pudo distinguir al hermoso extranjero, sus labios sonrieron a pesar de tener los ojos humedecidos; pero cuando la nave se alejó tanto que las velas se confundieron con los copos de espuma que se agitaban sobre las olas, dejó de sonreír. Y cuando las velas desaparecieron bajo la línea del horizonte, las lágrimas bajaron lentas y desoladas por sus mejillas.

Desde ese día la alegría huyó del corazón de Nausicaa. Su risa juguetona, que iba siempre a través de las vastas habitaciones con el gozo con que saltan los corderillos recién nacidos por las praderas, no se oyó más; y el amor siempre en vela de la reina Aretea se inquietó por este silencio y quiso saber la causa, mas la doncella no respondió al cariñoso reclamo.

Ya no departía amablemente cual solía, con su madre y sus esclavas a la hora del trabajo. Ahora permanecía silenciosa largos ratos y dejaba ir y venir su lanzadera en tanto que su pensamiento estaba puesto en el forastero encontrado a las orillas del río, la mañana aquella en que fué con sus esclavas a lavar las reales vestiduras; en el extranjero cuyos cabellos eran semejantes a las flores del jacinto.

Las esclavas comentaban entre sí:—¿Qué tendrá la hija de nuestro rey Alcino? Sus mejillas están pálidas y a menudo suspira. No ha muchos días era otra cosa, ¿recor-dáis? Mientras el huso bailaba en sus manos, la risa bailaba en su boca.

Una dijo:

—Muchas veces la reina Aretea puso la cara seria porque el montón de lana no disminuía en las manos de su hija... Ni las historias de la nodriza la sacan de su tristeza. Antes, apenas Eurimedusa principiaba a contar una, estaba ella a sus pies con la boca abierta escuchando. Ayer en vano refirió sus historias más llenas de maravillas... La princesa ni siquiera levantó su rostro.

La esclava Eurimedusa, la nodriza de Nausicaa, era la más triste e intrigada de todas. Ya sus historias, en efecto, no provocaban ni risas ni comentarios en su amada princesa... que ni siquiera las escuchaba. Varias noches al arroparla en el lecho, Nausicaa había dejado caer la cabeza en el seno que la amamantara de pequeña, y llorado como lloran los que no tienen esperanzas.

Un día la princesa volvió a pedir a su padre que mandara uncir el carro para ir

a lavar con sus esclavas las reales vestiduras. Los caballos extrañaron las manos que los guiaban: no eran las mismas que en otras mañanitas los llevaran estremecidas de juventud y alegría e hicieran restallar el látigo cerca de sus orejas; eran ahora unas manos débiles y laxas. En vano la brisa que sopla con la aurora, llamó las rosas de sus mejillas; ya no podía alterar la palidez que las invadiera el día en que las velas del barco que llevaba a Ulises a su país, se hundieran en el horizonte. Una vez en el río, ella comenzó a sumergir las ropas en las aguas; no tenía fuerzas para sacarlas ni para retorcerlas. Las dejó en manos de sus esclavas y se fué a vagar por las riberas en que encontró por vez primera a aquel hombre incomparable. ¡Cuánto le hubiera gustado llorar con su cabeza apoyada en el amplio pecho del héroe y sentir su barba negra y sedosa acariciarle la frente!

La hija de Dimante, tan amada de Nausicaa, le habló así:

—¿Qué tienes, Nausicaa, que tan descolorida estás y tan apenada pareces? Bien se ve que sufres. ¿Qué te falta, Nausicaa? Sólo amor hay en derredor tuyo para ti. Háblame, que me apena mirarte de esta suerte.

—Oye, amiga: en mi cuerpo no hay dolor alguno... en el pensamiento sí... Pero te pido no repitas lo que voy a decirte, porque se murmuraría de la hija de Alcino y mi padre, mi madre y mis hermanos tendrían un gran dolor sin poder remediar nada: deseo volver a contemplar al hermoso extranjero que hallé en las orillas del río, cuyos cabellos hacen pensar en la flores del jacinto y del cual nuestro aeda Demodoco canta hazañas tan admirables. Quisiera también que me estrechara entre sus brazos y me besara el rostro... Mas calla, amiga mía muy querida; no me arrepiento yo nunca de haberte enseñado mis pensamientos.

La hija de Dimante se alejó entristecida.

\* \* \*

Por la isla Esqueria había pasado más de un aeda famoso, quien al partir hizo de Nausicaa un delicado tema para sus cantos. Así, la belleza casta y suave de la hija de Alcino andaba por lejanas tierras, envuelta en la música de las cítaras.

No fué entonces de extrañar que a más de la multitud de pretendientes feacios a la mano de la princesa, vinieran otros de lejanos países y de las islas vecinas.

Llegaron mancebos hasta de la Eubea: de esa isla vino Estracío, lo mismo que un dios, hermoso, y a quien nadie había vencido en la lucha. Era hijo de un héroe famoso y poseía inmensas tierras productoras del trigo, la cebada, la avena y el loto más buscados por los comerciantes de granos. También Pisistrato, el más joven de los

hijos de Néstor, llegó descosido de desposar a la doncella de gentil presencia. De Calcis salió Clito, amable a los ojos de Atenea por su habilidad en la fabricación de armas. De la Tesalia acudió Diocleo, hijo de poderoso señor: suyos eran los rebaños de caballos más hermosos del país. Sus caballos negros de luciente piel y ojos que brillaban entre la oscuridad del pelo como las estrellas en la negrura de la noche, eran celebrados aun en países allende el mar. Aliterses, a quien su lanza diera renombre, vino de Sifnos, rica en oro. Del Ática salió Perseo, medido en cuna noble entre las nobles y dueño de los campos más fértiles de Eleusis: los frutos de sus olivares no tenían rival; en sus huertos se contaban por miles los panales que destilaban la miel más rubia y perfumada de muchas leguas a la redonda; sus viñas producían el vino más generoso que llenar podía las cráteras del Ática toda.

El buen rey Alcino, siempre tan ocupado en los trabajos que le imponía su cargo y también poco perspicaz, no observaba la indiferencia con que su hija miraba la nube de sus cortejadores. Así, le dijo sonriendo con bondad:

—Escoge, hija mía, el más grato a tu corazón. Dichoso aquel que te lleve consigo.

Y luego añadió en tono de cariñosa broma:

—Me he sentado en el consejo, más resplandeciente que los demás, con el manto tejido por las manos de mi hija Nausicaa y con mis vestiduras que esas mismas manos y el agua pura de nuestro río, dejaran tan blancas. Ante ti la alegría se esponja como los pájaros al salir el sol, y la huella que dejas es de paz.

\* \* \*

Por fin, un día Nausicaa no abandonó el lecho. Sus piernas se negaron a sostenerla. La reina llamó a Alcino y le habló así:

—Esposo mío, tu hija está enferma de un mal cuya causa ignoro. Hace días anda silenciosa y triste... no la he vuelto a oír reír como antes con su risa que nos llenaba a todos de júbilo. ¿No has visto, rey Alcino? Ya el leve color que tenía sus mejillas se ha apagado y ahora, como nunca, parece hecha de blanco mármol. Toca su frente y sus manos y las sentirás arder.

El rey Alcino tuvo un gran dolor al ver tendida a su hija, tan pálida y tan silenciosa.

Hizo venir a los hombres más famosos en el arte de curar, pero ninguno consiguió aliviarla.

Lo único que la animaba un poco eran los cantos del ciego aeda Demodoco. En una ocasión, mientras su madre y sus esclavas hallábanse distraídas, tomó la mano del ciego y en voz baja le pidió cantase las hazañas de Ulises, el hermoso extranjero.

¿Acaso sintió aquel viejo corazón de poeta, sin ojos para el mundo exterior, palpitar el amor inmenso de la doncella? Quizá sí, porque desde el día en que tal cosa le rogara su princesa, los cantos entonados para ella se refirieron tan sólo al héroe de Itaca;



su voz vibraba cuando tal hacía, con un scento en que temblaban la pasión y la tristeza, y Nausicaa le pedía al terminar, se acercase para besar su cabeza encanecida.

Para que abriese los ojos y sonriera, ya cabían su madre y sus esclavas que bastaba llamar al aeda.

Cuando fué tiempo del retorno de la nave que llevó a Ulises, Nausicaa preguntó a la hija de Dimante por ella. Esta quiso evitarle una pena y le ocultó su trágico fin.

\* \* \*

En tanto, Ulises había arribado a las playas ansiadas. Los cortejadores de Penélope muertos y los sacrificios prometidos hechos, no quedaba sino descansar tranquilo en el hogar, y contemplar los rostros amados de su esposa, de Telémaco y del viejo padre Laertes.

Experimentaba su cuerpo una tranquilidad que rebelaba su pensamiento de aventurero, cuando oía fuera bramar el huracán y él se miraba junto al hogar y sentía que el calor de las llamas le lamía las manos cual un perro fiel y cariñoso.

Entonces, con el cuerpo y el espíritu colmados de bienestar, y mientras Penélope y sus mujeres movían las lanzaderas, y la rueca llenaba la estancia con su canción de paz, y Laertes y Telémaco lo miraban con ternura y admiración, él refería sus aventuras y todos quedaban suspensos.

En una ocasión, ya habían pasado unos cuantos meses desde su regreso, vió moverse un álamo en la cima de un collado vecino. Era una tarde dorada y el árbol gentil que balanceaba sus ramas sobre el fondo del cielo en el que flotaba un polvo blanco, le hizo pensar en la hija del rey feacio, tal como la viera el día en que arribó a aquel país, guiando el carro en que iban las ropas ya lavadas por ella y por sus esclavas. Recordó la blanca y linda faz ligeramente nacarada por la aurora; sus doradas trenzas, el velo y los pliegues de la túnica color de plata flotando alrededor de su cuerpo flexible, tal como se agitaba en ese momento el follaje evanescente en torno del tronco del álamo.

—Nausicaa, Nausicaa, pensó el héroe. ¿Qué ha sido de ti, doncella la más blanca y suave que miraron mis ojos de peregrino? Seguramente un mancebo de noble cuna y hermoso cual tú mereces, te ha llevado consigo y te ha hecho su esposa! ¡Feliz quien estreché en sus brazos tu cuerpo ondulante y bese tus trenzas perfumadas!

Tuvo también la ilusión de oír en su interior la voz que en una ocasión hizo caricias en su oído, la voz de la princesa lejana, cuando él, ya lavado y ungido, apareció de nuevo ante ella, en las orillas del río: «¡Plegue a los dioses que hombre igual a éste y de los nuestros, pueda llamarse mi esposo! Ojalá en nuestra patria encuentre los atractivos que pueden retenerlo».

Apoyado en una columna, con los ojos en el álamo, sentía su corazón ya cansado sumergirse en un baño de juventud.

Oh! Si él pudiera ser joven como Telé-

maco, volaría a la Esqueria y pediría a Alcinoos le diera su hija por esposa!

La voz de Penélope la fiel, lo sacó de su ensueño:

—Ulises, esposo mío muy amado, ¿caso estás triste y echas de menos tus aventuras?

El rey de Itaca suspiró y dió una última mirada al álamo que mecía su follaje sobre el oro de la tarde.

\* \* \*

A la mañana siguiente habló a su hijo y a Penélope de equipar una hermosa nave con ricos presentes y enviarla con un saludo a sus huéspedes feacios. Buscaron entre sus tesoros lo mejor que poseían: dos tripodes de bronce labrados por mano maestra y admirados por todos aquellos a quienes eran mostrados; suaves tapices en los que se veían bordadas con arte exquisito, escenas divinas: el juicio de Paris, el nacimiento de Atenea, Apolo al ser desterrado del Olimpo y Apolo comiendo el pan y cuidando los rebaños de Admeto: una cratera de oro ornada por un artifice de genio con una vid cuyos frutos eran piedras preciosas, cofres de sándalo traídos de la India lejana, cuya madera había sido convertida en encaje maravilloso. Para los hijos de Alcinoos, Penélope envió clámides y mantos tejidos por sus manos y Ulises, lanzas y escudos que un gran rey hubiera deseado para sí; un escabel y un sitial de oro y marfil, una rueca y una arca de oro esculpidas con primor, se destinaron para la reina Aretea. Ulises pidió se buscara lo más bello y precioso allí guardado, para la princesa Nausicaa. Él mismo escogió un velo sutil y resplandeciente que hubiérase dicho tejido con rayos de luna; un cinturón y un broche de oro usados allá en Illion por la casta esposa de Héctor, en las grandes festividades.

Mas todo aquello no satisfacía a Ulises. Él deseaba para la hija de Alcinoos, algo infinitamente delicado, algo que no pudiera encontrarse repetido sobre la tierra. El héroe meditó un buen rato ante sus riquezas. Al fin encontró el peplo regalado por Helena a Telémaco para la doncella que escogiese por esposa, «el peplo muy amplio y resplandeciente cual una estrella», tejido y bordado por las manos femeninas más bellas del mundo, por las manos de la bella mujer con que Venus premio a Paris su juicio.

El rey de Itaca habló a su hijo de esta guisa:

—Telémaco, hijo mío, quiero enviar a Nausicaa algo digno de su gracia y de su blancura. Vestida con este peplo, sembrará la estrella de la mañana brillando castamente sobre el cielo emblanquecido por el alba. Ya labrará tu madre otro para la doncella que ha de ser tu esposa. Seguramente—añadió sonriendo a Penélope— el que ella teja no será inferior a éste. Recuerda que sus manos están benditas por Atenea.

Sin embargo, en su interior el astuto rey pensaba que jamás Penélope podría fabri-

car nada que tuviese la belleza y el valor de aquel peplo. Telémaco tuvo pena al pensar que su padre prefiriese a una mujer que no iba a ser su esposa, pero nada dijo.

Ulises llamó de sus servidores, a los más queridos entre los más apuestos y sabios para que llevasen el saludo y los presentes a los reyes de la isla Esqueria. Uno de los hijos de Dolio, muy amado de su señor y a quien los dioses concedieron un pensar lleno de sabiduría, era el que mandaba la expedición.

A éste llamó Ulises aparte antes de embarcarse.

—Dí a la princesa Nausicaa, cuando no haya oídos cerca, que el rey de Itaca, el extranjero protegido por ella, desea su dicha. Que le ofrece un peplo tejido por manos inmortales, para que lo vista el día de sus bodas, si es que aún no las ha celebrado. Dile también, si la miras triste, que tu señor envidia al mancebo que ha de vivir a su lado. Y dile que me has visto llorando sin querer enjugar el llanto, al recordarla.

Por las mejillas del héroe rodaron lágrimas que fueron a perderse entre la negra barba que tanto deseaba Nausicaa sentir sobre su frente.

El hijo de Dolio comprendió y partió en silencio.

\* \* \*

Se embarcaron una mañana en que el cielo estaba azul y el mar tranquilo.

Ulises, mejor que con todas aquellas riquezas, hubiera equipado la hermosa nave con una parte de la ternura en que se fundía su corazón al contacto de la blanca memoria de la princesa feacia.

¿Los años al pasar no habían helado en su sangre el sentimiento amoroso? ¿No coronaba la cima de su vida, fría tranquilidad, como la nieve la cumbre de elevado monte? ¿No había transformado el tiempo su antiguo fuego, en el sereno cariño que ahora sentía al lado de Penélope? ¿Olvidaba que su hijo desposaría en breve a alguna de las jóvenes que se ruborizaban cuando el mancebo pasaba? Pronto sus nietecillos jugarían con sus corderos aún no nacidos. ¿A qué, pues, estos ensueños? Y sin embargo, he aquí que la primavera había tornado a él, y sus brisas enervantes derretían en su interior el hielo.

Miró alejarse las velas con un dolor semejante al de Nausicaa cuando la nave que lo traía a su país se alejó de la costa de la isla Esqueria.

Al regresar lentamente del puerto a la ciudad, su pensamiento se recreó en la figura juvenil que volvía a hacer palpitar de amor su viejo corazón.

Cerraba los ojos para contemplarla con más nitidez en su interior: ya como apareciera por vez primera a sus ojos, blanca, erguida, sin velo en la cabeza, las trenzas deslizándose sobre la albura de la túnica, como dos chorros de oro en un campo de nieve; los pliegues del vestido immaculado cayendo graciosos a lo largo de su cuerpo



flexible y dejando ver los pies tan delicados y ágiles, que más bien parecían alas. Ya en el carro en que viniera al río a lavar las ropas de los suyos, guiando los caballos, o ya cual la mirara despidiéndolo en el umbral de majestuosa estancia.—«Salud, huésped! Plegue a los dioses que cuando te encuentres en la patria tierra, te acuerdes de mí, a quién debes la vida». El recordó asimismo que en esa ocasión, al trasponer el pórtico, había vuelto la cabeza para contemplarla por última vez y la vió apoyada en el umbral, siguiéndolo con los ojos... El había pensado entonces, al ver su figura indecisa y ondulante destacándose sobre oscuro fondo, en la columna de humo que se eleva en los altares, cuando el sacrificio es propicio a los ojos de los dioses.

\* \*

La nave arribó felizmente a la isla Esqueria. El rey Alcino, a pesar de la desgracia ocurrida a la embarcación que fué a dejar a Ulises a su tierra, recibió con alegría a sus enviados.

¿Quién puede oponerse a los designios de los dioses? Por otra parte, el recuerdo del huésped glorioso era muy grato a su corazón.

Cuando Nausicaa supo la llegada de los italicenses, pidió los llevaran a su presencia. Al encontrarla tendida entre almohadones, el hijo de Dolio sintió flaquear su espíritu y pensó si no sería el mismo dolor que hizo llorar a su amo al partir él de Itaca, el que tenía postrada a la hija de Alcino.

Tomó con sus manos débiles, los presentes enviados por Ulises. A todos dedicó una palabra amable y una sonrisa triste, y sus ojos se abrieron desmesurados cuando desplegaron ante ellos el magnífico peplo tejido y bordado por Helena.

El hijo de Dolio, puso la rodilla en tierra: —Mi señor os saluda. El dijo, princesa Nausicaa, que vestida con este peplo se mejoraría la estrella de la mañana brillando sobre el cielo emblanquecido por el alba.

Nausicaa sonrió.

El hábil enviado de Ulises dejó el peplo en manos de las admiradas esclavas y se acercó discretamente. En voz baja repitió las palabras de su amo:

—«Que le envía ese peplo para que lo vista el día de sus bodas, si es que aún no las ha celebrado»... Mi señor considera muy dichoso al que os haga su esposa... Y yo, princesa, lo vi llorando al recordaros sin que él tratara de enjugar su llanto.

En las pestañas de Nausicaa tembló una lágrima:

—Di a tu señor que me encontraste triste, mas que al saber que no me ha olvidado, me viste tornarme alegre. Dile que más le valiera haber dejado ese peplo para la doncella que destina a su hijo, pues yo lo llevaré donde moran las sombras. Dile que has conocido mis pretendientes, que son muchos, todos bellos, de noble cuna, famosos y ricos... pero que ninguno se parece a él. Dile que sólo hay una mujer cuya suerte

quisiera para mí, y que esa mujer es la fiel Penélope. Y dile por último que desde que él partió, tengo siempre ganas de llorar.

\* \*

Pocos días después la hija de Alcino murió. Colocaron el cadáver bajo el pórtico. Eurimedusa no quitaba la mirada de aquellos pies en quienes los dioses se habían complacido, vueltos hacia la puerta, cuyo umbral no traspondrían más.

La vistieron con el peplo enviado por Ulises para sus bodas y la coronaron de flores.

Tres días después llevaron el cuerpo a su morada final. La sepultura fué abierta en el jardín, a la sombra de los álamos y cerca de una fuente que recordaba su risa.

¡Cuán diferente fué el cortejo que allí la condujo, al imaginado por todos cuando vieron llegar los pretendientes! No lo iban precediendo alegres vírgenes vestidas con blancas túnicas y coronadas de flores de jacinto, sino flautistas que llenaban el aire con sus lúgubres tocatas. Detrás marchaban plañideras no pagadas, cuyos lamentos brotaban del corazón:

¡Qué triste está sin tí, Nausicaa, la mansión de Alcino y de la buena Aretea! ¡Ya en las vastas estancias no volverá a levantarse tu voz amable ni tu risa fresca!

¿Qué dolor apagó en tus labios esa risa que llevaba alegría a todos los oídos? Tu boca era una lámpara en la cual la sonrisa ardía perenne. Un soplo la extinguió y el palacio de nuestro rey ha quedado a oscuras. ¡Cuán lejos en el aire van las ondulaciones de tu última risa, oh Nausicaa! ¡Nausicaa! la doncellita linda de los blancos pies! Sin duda Thanatos, el de los pies dislocados, tuvo envidia al contemplar los tuyos que hacían pensar en las alas de las palomas de Afrodita, y por eso te llevó a la mansión misteriosa!

¡Nausicaa, la de las trenzas doradas que no volverán a brillar a los rayos del sol! ¡Qué triste está sin tí el palacio de nuestro rey! ¡Ahora los lamentos de la reina Aretea, del rey Alcino, de los mancebos hermanos de Nausicaa y de los servidores, son los que aletean en las estancias del palacio, y no las palabras color de cielo ni las risas color de rosa de nuestra amada princesa!

¿Quién lavará ahora los mantos del rey Alcino, para que aparezca resplandeciente en el Consejo, y las túnicas de sus hijos para que en la danza los ojos de las doncellas los sigan complacidos?

¡Cuántos pretendientes acudieron! ¡Cada uno te llevará consigo... En la Eubea, en el Ática, en Sifnos, en Calcis, habrá un hogar en que se sienta tu memoria!

¡Alegre fuiste, oh Nausicaa! ¡Y las flores brotaron doquiera se posó tu planta!

Mas, ay! que tu sombra vaga en este instante sobre los campos de asfodelos.

Así se quejaron las plañideras en la muerte de Nausicaa.

Las amantes manos de la reina Aretea y

las arrugadas y tiernas de Eurimedusa procuraron que en la mansión de la muerte tuviese algo que le recordase lo que amó en vida: los juguetes de hueso que la entretuvieron de pequeña, su lanzadera de plata y sus joyas predilectas; no fueron olvidadas las figuritas que representaban a Eurimedusa, a sus esclavas más queridas y a sus pájaros.

El epitafio grabado en el mármol era sencillo como lo fué la blanca hija de Alcino, que murió de amor por el héroe más famoso de la guerra de Troya: «El rey Alcino y su pueblo plantaron aquí una sonrisa... más el tallo que brotó no floreció en sonrisas sino en dolor».

\* \*

Cuando los enviados de Odiseo tornaron a Itaca, traían los rostros llenos de dolor.

El hijo de Dolio besó las manos de su señor y repitió con voz doliente, el mensaje de la princesa Nausicaa:

—«Y dile por último que desde que él partió tengo siempre ganas de llorar».

El héroe que no tembló ante los muros de Troya, se abatió sobre el hombro de su amigo y lloró con el rostro cubierto por el extremo de su manto.

CARMEN LYRA

San José de Costa Rica.  
1914.

## Curso Práctico de Literatura y Castellano

ROGELIO SOTELA

Profesor de Estado

abrirá próximamente dos secciones de estudio así:

*Primer Curso:*

GRAMÁTICA Y RETÓRICA: de 7 a 8 p. m.

*Segundo Curso:*

LITERATURA GENERAL: de 8 a 9 p. m.

Queda abierta la matrícula. Para detalles dirigirse al apartado N.º 113, San José.

Febrero 15 de 1926.

## Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475 Buenos Aires

## Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUDE

Número suelto. . . . . Un Sol

Lima, Perú.